

Fuente: Gemma Muñoz-Alonso

SUPERMERCADO FILOSÓFICO

MARINA2. Filosofía y Ciudadanía 1. Marina, J.A. y Mateos, A., Profosofía, p.9

Incipit vita nova

Todos estamos llamados a una vida inteligente y noble. No somos tan miserables, tan egoístas, tan sometidos a las modas, tan adictos al consumo, como mucha gente se empeña en afirmar. No somos meros consumidores. Somos creadores. Necesitamos pasarlo bien, sin duda, pero también necesitamos sentirnos dignos, libres, capaces de hacer cosas valiosas. Esta asignatura es una invitación a esa vida verdaderamente humana. La filosofía consiste, precisamente, en vivir inteligentemente. Y esto exige una explicación.

La inteligencia es nuestro gran recurso. Nos permite enfrentarnos con los problemas, inventar cosas nuevas, tomar decisiones adecuadas y ponerlas en práctica con resolución. Por eso es importante saber utilizarla bien. Nuestro modo de vivir – afectiva, laboral y políticamente- va a depender de cómo usemos nuestra inteligencia. Hay inteligencias triunfantes e inteligencias fracasadas.

Lo importante es aprender a utilizarla bien. Con la inteligencia ocurre lo mismo que ocurre en el juego de cartas. A cada uno de nosotros –en la vida y en el juego- se nos reparten unas cartas que no podemos elegir: cartas genéticas, sociales, económicas, en un caso; naipes en el otro. En ambos casos suceden cosas parecidas: hay cartas buenas y malas, y es mejor tener cartas buenas que malas, pero no triunfa quien tiene las mejores cartas, sino quien sabe jugar mejor con las que tiene. De enseñar a usar de la mejor manera posible la propia inteligencia se ocupa la educación entera, pero, de forma especial, la filosofía. Por eso debería considerarse la filosofía como un servicio público. La necesitamos todos. Nuestra inteligencia no se parece a la de los animales. Ellos hacen las mismas cosas durante miles de años. Los humanos, en cambio, inventamos sin parar; por eso nuestra inteligencia es una inteligencia creadora. El filósofo es un explorador incansable, que no se limita a mirar, sino que reflexiona sobre lo que ve y se hace muchas preguntas a sí mismo. Piensa sobre todo ello, y aspira a vivir de acuerdo con lo que piensa.

Por eso estudiamos filosofía en la adolescencia, cuando cada uno de nosotros tiene o ha tenido que hacerse cargo de su propia vida. Durante la infancia, asimilamos creencias, valores, prejuicios, verdades que ahora tenemos que evaluar para incorporarlas definitivamente a nuestra vida o para rechazarlas. Esa es la misión de la filosofía: comprender, evaluar, actuar racionalmente. Solo cuando algo es pensado en primera persona, críticamente, sin limitarse a repetir lo que nos han dicho, pasa a ser definitivamente nuestro.

Tener ideas claras, dirigir bien nuestra vida, comprender el mundo no es fácil. Para conseguirlo, necesitamos aprender muchas cosas y, sobre todo, necesitamos aprender a pensar.

El adolescente debe hacer una filosofía de adolescente, porque es su propio mundo el que tiene que aclarar. Todos estamos en la misma realidad, pero cada uno vive en su propio mundo. Y es ese mundo el que debemos aclarar con el pensamiento. Habrá sin duda alguno que no quiera pensar, pero con ello lo que está haciendo es negarse a ver las cosas con claridad, a vivir reflexivamente. No se lo aconsejamos.

La filosofía es un pensamiento riguroso que tiene como meta conocer la verdad y dirigir bien la conducta. Para conseguirlo, conviene aprender a pensar bien, saber lo que otros han pensado acerca de la vida y de su mundo, manejar con soltura las palabras y los conceptos, averiguar cómo podemos saber si una cosa es verdadera o falsa. Tenemos que saber si nuestro mundo, lo que cada uno piensa y siente, es verdadero, si puedo justificarlo ante otros o ante mí mismo. Esto nos obliga a someter a prueba nuestras opiniones, para ver si soportan la crítica. De lo contrario, puedo acabar construyendo mi vida sobre un cimiento cuya seguridad desconozco, y eso es un peligro.

Los latinos decían una frase muy rotunda, que es muy adecuada para empezar un curso de filosofía: *incipit vita nova*. Comienza una vida nueva. Os deseamos la mejor.

PLATON .(El Banquete 203b-204b. Trad.M.Martínez. Madrid: Gredos, 1986, vol.III, pp.248-250)

Ninguno de los dioses ama la sabiduría ni desea ser sabio, porque ya lo es, como tampoco ama la sabiduría cualquier otro que sea sabio. Por otro lado, los ignorantes ni aman la sabiduría ni desean hacerse sabios, pues en esto precisamente es la ignorancia

una cosa molesta: en que quien no es ni bello, ni bueno, ni inteligente se crea a sí mismo que lo es suficientemente. Así, pues, el que no cree estar necesitado no desea tampoco lo que no cree necesitar.

¿Quiénes son, Diotima, entonces –dije yo- los que aman la sabiduría, si no son los sabios ni los ignorantes?

Hasta para un niño es ya evidente –dijo- que son los que están en medio de estos dos”.

ECO. Lo que hace que una clase sea una buena clase no es que se transmitan datos y datos, sino que se establezca un diálogo constante, una confrontación de opiniones, una discusión sobre lo que se aprende en la escuela y lo que viene de afuera."

"¿De qué sirve el profesor?" <http://www.lanacion.com.ar/910427>

EPICURO. Que nadie por ser joven se muestre remiso en filosofar, ni por llegar a viejo de filosofar se canse. Porque para alcanzar la salud del alma nunca se es ni demasiado viejo ni demasiado joven. Quien afirma que aún no le ha llegado la hora o que ya le pasó la edad, es como si dijera que no le ha llegado aún el momento para la felicidad o que ya lo dejó atrás.

BUNGE. ¿Usted quiere saber para qué sirve la Filosofía en la vida cotidiana? se pregunta, y responde: Para todo. Para preguntarse, por ejemplo, ¿qué debo hacer para ganarme la vida? ¿Rezar, delinquir o trabajar? ¿A quién debo acudir cuando me enferme?: ¿A Dios, al médico o a un curandero? ¿A quién debo votar? ¿Al que me prometa un favor personal, o al que se comprometa a hacer algo por el país? Las respuestas a todos estos problemas suponen una visión del mundo, una idea del conocimiento, y algún principio moral. Y la Filosofía se ocupa, precisamente, de todo eso en términos generales. De ahí que haya que enseñarla en las escuelas.

RUSSELL 1 (Los problemas de la filosofía. Barcelona:Labor,1970). Si preguntamos a un matemático, a un historiador o a cualquier otro hombre de ciencia, qué conjunto de verdades concretas ha sido establecido por su ciencia, su respuesta durará tanto tiempo como estemos dispuestos a escuchar. Pero si hacemos la misma pregunta a un filósofo y éste es sincero, tendrá que confesar que su estudio no ha llegado a resultados positivos comparables a los de otras ciencias. Verdad es que esto se explica, en parte, por el hecho de que, desde el momento en que se hace posible el conocimiento preciso sobre una materia cualquiera, esta materia deja de ser denominada filosofía y se convierte en ciencia separada. Todo el estudio del cielo que pertenece hoy a la astronomía, antiguamente era incluida en la filosofía; la gran obra de Newton se denomina Principios matemáticos de filosofía natural. De modo análogo, el estudio del espíritu humano que era, todavía reciente, una parte de la filosofía, se ha separado actualmente de ella y se ha convertido en la ciencia psicológica. Así, la incertidumbre de la filosofía es, en gran medida, más aparente que real: los problemas que son susceptibles de una respuesta precisa se han colocado en las ciencias, mientras los que no la consienten actualmente, quedan formando el residuo que denominamos filosofía.

RUSSELL 2 (Los problemas de la filosofía. Barcelona:Labor,1970). El hombre que no tiene ningún barniz de filosofía va por la vida prisionero de los prejuicios que derivan del sentido común, de las creencias habituales en su tiempo y en su país, y de las que se han desarrollado en su espíritu sin la cooperación ni el consentimiento deliberado de la razón [...] La filosofía debe ser estudiada, no por las respuestas concretas a los problemas que plantea, puesto que, por lo general, ninguna respuesta precisa puede ser conocida como verdadera, sino más bien por el valor de los problemas mismos; porque estos problemas amplían nuestra concepción de lo posible, enriquecen nuestra imaginación intelectual y disminuye la seguridad dogmática que cierra el espíritu a la investigación, pero, ante todo, porque ante la grandeza del universo que la filosofía contempla, el espíritu se hace a su vez grande, y llega a ser capaz de la unión con el universo que constituye su supremo bien

JASPERS 1. Filosofar es resolverse a hacer que despierte el origen, retroceder hasta el fondo de sí mismo y ayudarse con una acción interior conforme a las propias fuerzas.

En la vida, lo primero que resulta tangible es la sujeción a los deberes materiales, a la exigencia de cada día. El papel de la vida filosófica es despertar la conciencia de que el mero trabajar, el absorberse en los fines, es ya el camino del olvidarse de uno mismo [...] No olvidar, sino apropiarse íntimamente, no desviarse, sino trabajar hasta la perfección íntima, no pasar superficialmente, sino iluminar hasta el fondo: tal es la vida filosófica *(Introducción a la filosofía)*

JASPERS 2. La palabra griega filósofo (philosophos) se formó en oposición a sophós. Se trata del amante del conocimiento (del saber) a diferencia de aquel que estando en posesión del conocimiento se llamaba sapiente o sabio. Este sentido de la palabra ha persistido hasta hoy: la busca de la verdad, no la posesión de ella, es la esencia de la filosofía, por frecuentemente que se la traicione en el dogmatismo [dogma], esto es, en un saber enunciado en proposiciones [proposición], definitivo, perfecto y enseñable. Filosofía quiere decir: ir de camino. Sus preguntas son más esenciales que sus respuestas, y toda respuesta se convierte en una nueva pregunta *(La filosofía desde el punto de vista de la existencia. México: FCE, 1981, p.11).*

WITTGENSTEIN.

4.111. La filosofía no es una de las ciencias naturales. La palabra “filosofía” debe significar algo que esté sobre o bajo, pero no junto a las ciencias naturales

4.112. El objeto de la filosofía es la aclaración del pensamiento

Filosofía no es una teoría sino una actividad [...] El resultado de la filosofía no son “proposiciones filosóficas” sino el esclarecerse de las proposiciones.

La filosofía debe esclarecer y delimitar con precisión los pensamientos que de otro modo serían, por así decirlo, opacos o confusos *(Tractatus)*

ARROYO. (EL PAÍS 28 ABR 2012)

Tardo un mes en convencer a los alumnos no ya de que lo que explico es interesante, sino de que tiene sentido”. La afirmación es de un profesor de filosofía de secundaria y refleja el desánimo de quien sabe que parte de quienes asisten a sus clases lo hacen por obligación, sin interés por la materia o, lo que es peor, convencidos de que lo que allí se explica no tiene nada que ver con el mundo. El problema es que no todos los profesores se incomodan por este asunto. Para algunos, la continuidad de la asignatura en los planes de estudio garantiza horas de clase y el sustento. Así pues, que les den a los chavales. El resultado es una tribu de resentidos que, cuando oyen la palabra filosofía simplemente desconectan, convencidos de que detrás solo hay una jerga incomprensible que pretende describir el ser y se queda en nada. Y, sin embargo, otra filosofía es posible.

PEDRO FERNÁNDEZ LIRIA. En Paideia, 2012, 93, pp.109-119.

¿Qué hacer en clase de Filosofía o cómo sobrevivir a la “nueva pedagogía”?

¿Qué hacer en clase de Filosofía? ¿Cómo proceder? Conocemos demasiado bien las consecuencias de intentar seguir fielmente la programación oficial de la asignatura. Los profesores de Filosofía de Primero de Bachillerato, nos las hemos año tras año con la exigencia de impartir una materia cuya consistencia –si es que tiene alguna- no podemos justificar racionalmente. El resultado no se hace esperar y, ciertamente, no puede ser más frustrante.

La mayoría de los alumnos de Primero de Bachillerato empiezan el curso sin tener la menor idea de qué es la filosofía y, por grandes y meritorios que hayan sido los esfuerzos de su profesor, suelen acabar el curso de la misma forma: sin tener ninguna idea realmente adecuado al respecto.

Y resulta evidente que no podemos achacar este despropósito a la mayor o menor capacidad de nuestros alumnos.

Cualquiera que, sin tener noción previa alguna, tratase de adquirir un conocimiento medianamente solvente de lo que es la filosofía a partir de los manuales que, de acuerdo con las directrices establecidas por el currículo oficial, se diseñan para impartir la materia de “Filosofía” en Primero de Bachillerato, caería en el

mismo desconcierto en el que se ven sumidos nuestros alumnos al acabar el curso. En el mejor de los casos se quedaría, como éstos, sin saber qué decir ni qué pensar a propósito de esta extraña disciplina de nombre griego que, convertida en asignatura, se les ha colado en el currículo, sin que nadie haya sido capaz de explicarles convincentemente por qué.

Si nos atuviéramos a lo que bajo el título de “Filosofía” se estudia en dichos manuales, habría que pensar que ésta viene a ser una especie de “cajón de sastre” en el que se dan cita conocimientos que los alumnos identifican fácilmente como propios de disciplinas tan dispares como la Biología, la Física o la Cosmología, la Sociología, la Antropología, la Psicología, la Epistemología, la Lingüística, la Estética, la Ética o la Teoría política, además de otro tipo de conocimientos con los que el alumno de Bachillerato se enfrenta por primera vez, como son los correspondientes a la Lógica y a la Metafísica.

Muy pocos de estos libros de texto, hacen siquiera el intento de justificar por qué tan diversos y variopintos contenidos son los que deben estudiarse cuando uno se encuentra en el caso de estudiar Filosofía. Con toda razón, los alumnos acaban con la sensación de que hay una absoluta gratuidad en la elección y que la “Filosofía” es nada más el nombre que se da al lugar en el que se ha optado por meter todos aquellos conocimientos, según parece, relevantes, de los que ninguna de sus tradicionales asignaturas se hace cargo.

Lo cierto es que el alumno de Bachillerato no llega a liberarse nunca de la imagen de la filosofía como “cajón de sastre” a la que aludíamos más arriba. Al final del segundo año, el alumno acaba aprendiendo muchas cosas, es cierto, pero entre las mismas sólo excepcionalmente se encuentra lo que a priori parece más apropiado y pertinente que hubiera aprendido: *¿qué es en realidad la filosofía?*

¿Qué hacer en esta situación? Hay que decir que no arreglaríamos gran cosa cambiando simplemente la relación de “contenidos” a trabajar en clase. El problema no es que los contenidos estén mal escogidos.

Desde mi punto de vista, el problema reside en que nos vemos impelidos por el programa oficial de la asignatura a tratar como una *disciplina* o como una *ciencia* algo que, en realidad, no lo es.

En mi último libro¹, he tratado de mostrar los fatales inconvenientes

que se derivan de la errónea consideración de la filosofía como una disciplina particular, con su objeto específico y su metodología propia. No puedo justificar ahora ni mínimamente esta posición, pero sí diré que la consideración de la filosofía como una disciplina, una ciencia o un saber particular se encuentra a la base de los principales problemas que nos encontramos al intentar impartir la asignatura de Filosofía en Bachillerato.

Personalmente, creo que, en lugar de tratar de perseguir el supuesto objeto de la filosofía en los márgenes de las distintas ciencias y saberes particulares, deberíamos enseñar a nuestros alumnos a adoptar esa singular *actitud*, esa peculiar *disposición* que ha dado lugar al conocimiento, en general, y a cada una de las ciencias, en particular, porque resulta que dicha actitud y dicha disposición son lo único a lo que cabalmente cabe denominar “filosofía”.

[...]

Diré simplemente, sin entrar en las pertinentes justificaciones, que la *actitud* o *disposición filosófica* exige la adopción de lo que llamamos “actitud teórica” y tiene como condición de posibilidad la “autonomía de la razón” y la “libertad del pensamiento”.

Se puede enseñar a los alumnos a adoptar la “actitud teórica”, a propiciar la “autonomía de la razón” y a favorecer la “libertad del pensamiento”, y creo que es ni más ni menos que a esto a lo que deberíamos dedicar la clase de Filosofía. El “objetivo” debería ser que los alumnos se pongan ellos mismos a *filosofar*. Y la “metodología” a emplear por el profesor debería ser la que en mayor grado facilitase la consecución de ese objetivo.

De acuerdo con ello, tal vez lo primero que habría que hacer es enseñar a nuestros alumnos a pensar y a actuar *desde el “lugar de cualquier otro”*, enseñarles a hablar y a actuar, no desde el yo que inapelablemente somos, sino desde cierto espacio abstracto en el que ya no estamos presentes en cuanto sujetos particulares o psicológicos, sino en cuanto meros seres racionales.

Se trataría, por tanto, de interpelar a los alumnos no como los sujetos que son, sino como seres dotados de razón, capaces de hablar y de actuar *independientemente de quienes son*, independientemente de sus circunstancias psicológicas, afectivas, emocionales, caracteriológicas, sociales, nacionales, sexuales,

ideológicas, políticas, etc.

Así, pues, los alumnos habrían de ser interpelados no sólo como seres capaces de *opinar*, sino, además y sobre todo, como seres capaces de *pensar* (y, consecuentemente, capaces de distinguir entre lo que las cosas *les parecen* y lo que ellas mismas *son*).

[...]

No sé qué ocurría exactamente en el interior de la Academia platónica, esa en cuyo friso dicen que se leía “no entre quien no sepa geometría”, pero es seguro que nadie acudía a ella a *curarse* de los “malos rollos” o a aprender a estimarse un poco más a sí mismo. ¡Ojalá los profesores de filosofía pudiéramos prestar también ese servicio! Pero, por desgracia, no somos médicos, ni psicólogos, ni sacerdotes, ni animadores, ni monitores de tiempo libre. Nuestra aspiración es enseñar a *pensar* a nuestros alumnos, promover en ellos la capacidad de tratarse a sí mismos como *seres racionales* y, por tanto, como *seres libres*, dueños de sí mismos y responsables de sus actos. Si además somos capaces de despertar en ellos la admiración por la verdad y el amor por el conocimiento que nosotros mismos sentimos, habremos conquistado la tranquilidad de haber realizado bien nuestro trabajo.

GOMA LANZON. EL PAÍS, 14 MAR 2013

¿Dónde está la gran filosofía?

La filosofía ha desertado de su misión de proponer un relato totalizador a la sociedad.

La Universidad se ha quedado sin iniciativa.

La orfandad teórica ha permutado en otras formas como la historia o la crítica a la modernidad. Falta la construcción de un ideal.

Este artículo no es un artículo sino un telegrama que mando a los lectores. No caeré en la tentación de agotar el limitado espacio disponible con nombres de filósofos y títulos de libros. Citaré sólo unos pocos para ilustrar la tesis principal. Y no mencionaré a los españoles porque a todos me los encuentro en el ascensor. Y no porque hubiera decir de ellos cosas poco amables. Todo lo contrario: es una desconcertante paradoja que la ausencia de gran filosofía coincida en el tiempo con la generación de profesores de filosofía más competente, culta y cosmopolita que ha existido

nunca, al menos en España, y yo ante ellos, de los que tanto he aprendido, me descubro con admiración. En todo caso temería encontrarme en el ascensor sólo a los no citados.

1 La misión de la filosofía desde sus orígenes ha sido proponer un ideal. La gran filosofía es ciencia del ideal: ideal de conocimiento exacto de la realidad, de sociedad justa, de belleza, de individuo.

En lo que se refiere ahora sólo al ideal humano (*paideia*), un repaso histórico urgente empezaría por Platón, que encontró en su maestro, Sócrates, la personificación de la virtud; Aristóteles introduce el hombre prudente; Epicuro, el sabio feliz; Agustín, el santo cristiano; Kant, el hombre autónomo; Nietzsche, el superhombre; Heidegger, el *Dasein* originario o propio... Un ideal muestra una perfección que, por la propia excelencia de un deber-ser hecho en él evidente, ilumina la experiencia individual, señala una dirección y moviliza fuerzas latentes. Los filósofos citados, y otros que podrían traerse, son pensadores del ideal y justamente eso hace grande su pensamiento y la lectura de sus textos perdurablemente fecunda. Esta observación enlaza con el segundo de los aspectos de la gran filosofía que deseo destacar.

La filosofía se asemeja a la ciencia en que, como ésta, su instrumento de trabajo son los conceptos. Pero los conceptos de las ciencias empíricas son verificados en los laboratorios o los experimentos. En cambio, nadie ha verificado nunca las proposiciones filosóficas de Platón. Si volvemos a Platón una y otra vez no se debe a que la verdad de su filosofía haya sido validada empíricamente sino a que su lectura sigue siendo de algún modo significativa. En esto la filosofía se hermana con la literatura, no con la ciencia: dado que la prueba explícita le está negada, el filósofo produce textos que han de convencer, de persuadir, de seducir, y en este punto en nada esencial se diferencia del literato que usa con habilidad los recursos retóricos para mover al lector y captar su asentimiento. De ahí que, en la abrumadora mayoría de los casos, la gran filosofía, pensadora del ideal en cuanto al contenido, suele ir aparejada a un gran estilo en cuanto a la forma. El filósofo es sobre todo, como el novelista, el creador de un lenguaje y el administrador de unas cuantas metáforas eficaces con las que manufactura un relato veraz —aunque inverificable— para el lector.

El filósofo produce textos que han de persuadir, de seducir, y en este punto, no se diferencia en nada del literato

Esta función retórica de la filosofía es algo que, por desgracia, ha

ido echando al olvido la filosofía contemporánea acaso por el vano achaque de querer parecerse a la ciencia. Los dos últimos libros de filosofía realmente influyentes, *Teoría de la justicia* de Rawls (1971) y *Teoría de la acción comunicativa* de Habermas (1981), son ambas piezas literariamente muy negligentes, áridas, técnicas, secas y demasiado prolijas, que reclaman un lector especializado y muy paciente dispuesto a acompañar al autor en todos los tediosos meandros intermedios que preceden a las conclusiones, ciertamente susceptibles de ser presentadas con mayor claridad, brevedad y atractivo. Lejos quedan los tiempos en que los filósofos —Russell, Sartre— merecían el premio Nobel de Literatura.

JAMES (*Pragmatismo: un nuevo nombre para viejas formas de pensar*. Prólogo, traducción y notas de Ramón del Castillo.

Madrid: Alianza, 200, 55-57) «En el prefacio a esa admirable colección de ensayos titulada *Heretics*, Mr. Chesterton escribe lo siguiente: «Hay personas —entre las que yo me cuento— para las que lo más práctico e importante de un hombre es su punto de vista sobre el universo. Pensamos que a una patrona le importa saber lo que gana un huésped antes de aceptarlo, pero que todavía le importa más conocer su filosofía. Pensamos que, antes de luchar, a un general le importa saber el número de tropas del enemigo, pero que todavía le importa más conocer la filosofía de ese enemigo. Pensamos que la cuestión no es si la teoría del cosmos afecta a esos asuntos, sino si, a la larga, hay otra cosa que les afecte».

A este respecto, pienso igual que Chesterton. Estoy seguro que todos y cada uno de ustedes, señoras y señores, tienen su filosofía y que lo más importante e interesante de ustedes es la manera en la que su filosofía determina la perspectiva que tienen en sus diversos mundos. Ustedes piensan lo mismo de mí. Y sin embargo, he de confesar que me asalta cierto temor ante la audacia de la empresa que voy a acometer. Porque esa filosofía que es tan importante para cada uno de nosotros no es una cuestión técnica, sino nuestro sentimiento, más o menos inarticulado, de lo que auténtica y profundamente significa la vida. Sólo se obtiene parcialmente de los libros; es nuestro modo individual de percibir y sentir todo el empuje y la energía del cosmos. No tengo por qué suponer que ustedes sean estudiosos del cosmos en sentido académico; pero sin embargo, desearía interesarles por una filosofía que en no poca medida ha de plantearse técnicamente. Deseo inspirarles simpatía por una tendencia contemporánea en la que yo creo profundamente, y aunque ustedes no sean estudiosos, voy a tener que hablar como un profesor. Cualquiera que sea el universo en el

que cree un profesor, siempre debe ser un universo que se preste a una larga disquisición. Un universo definible en dos frases es algo que carece de utilidad para el intelecto de un profesor. ¡Cómo se va a poner fe en algo tan gratuito! He escuchado en este mismo local a amigos y colegas que intentaron divulgar la filosofía, pero que enseguida se pusieron áridos y técnicos, y cuyos resultados sólo fueron parcialmente alentadores. Así que mi empresa es bastante atrevida. El propio fundador del pragmatismo impartió recientemente otro curso de conferencias en el Instituto Lowell, también con el pragmatismo como título: ¡qué destellos brillantes en medio de tan oscuras tinieblas! Imagino que ninguno de nosotros comprendió *todo* lo que dijo, y a pesar de ello, aquí estoy yo, corriendo una aventura semejante.·

Me arriesgo a ello porque esas mismas conferencias tuvieron mucho *tirón*: atrajeron una buena cantidad de público. Tenemos que confesar que oír hablar de cosas profundas produce una verdadera fascinación, aunque no sean comprendidas ni por nosotros, ni por quienes las discuten. Llegamos a estremecernos de asombro, sentimos a presencia de algo desbordante. Si en cualquier sala de fumadores se entabla una discusión sobre la libre voluntad, la omnisciencia de Dios, o sobre el bien y el mal, se verá cómo todo el mundo arrima la oreja. Las conclusiones de la filosofía nos conciernen vitalmente a todos, y hasta sus más extraños razonamientos halagan nuestro sentido de la sutileza y del ingenio.

Como creo devotamente en la filosofía, y como también creo que una nueva alborada apunta ante los filósofos, me siento impelido, *per fas aut nefas*, a intentar transmitirles algunos datos de la situación.

La filosofía constituye, al mismo tiempo, la más sublime y la más trivial de las indagaciones humanas. Ahonda en los más pequeños resquicios, pero también abre las perspectivas más amplias. «No da de comer», se suele decir, pero puede inspirar valor a nuestras almas. Y aunque sus modos de expresión, sus dudas y cuestionamientos, sus sutilezas y su dialéctica, repugnen tan a menudo a la gente común, ninguno de nosotros podríamos apañárnoslas sin los lejanos e intermitentes destellos de luz que arroja sobre los horizontes del mundo. Estos alumbramientos, al menos, y los efectos de contraste entre oscuridad y misterio que les acompañan, dotan a cuanto dice la filosofía de un interés mucho más que profesional».

GINER DE LOS RÍOS. Transformad esas antiguas aulas; suprimid el estrado y la cátedra del maestro, barrera de hielo que aísla y hace imposible toda intimidad con el discípulo; suprimid el banco, la grada, el anfiteatro, símbolos perdurables de la uniformidad y del tedio. Romped esas enormes masas de alumnos, por necesidad constreñidas a oír pasivamente una lección o a alternar en un interrogatorio de memoria, cuando no a presenciar desde distancias increíbles ejercicios y manipulaciones de que apenas logran darse cuenta. Sustituid en torno del profesor a todos esos elementos clásicos por un círculo poco numeroso de escolares activos que piensan, que hablan, que discuten, que se mueven, que están vivos, en suma, y cuya fantasía se ennoblece con la idea de una colaboración en la obra del maestro. Vedlos excitados por su propia espontánea iniciativa, por la conciencia de sí mismos, porque sienten ya que son algo en el mundo y que no es pecado tener individualidad y ser hombres. Hacedles medir, pesar, descomponer, crear y disipar la materia en el laboratorio, discutir como en Grecia los problemas fundamentales del ser y destino de las cosas; sondear el dolor en la clínica, la nebulosa en el espacio, la producción en el suelo de la tierra, la belleza y la historia en el museo; que descifren el jeroglífico, que reduzcan a sus tipos los organismos naturales, que interpreten los textos, que inventen que descubran, que adivinen nuevas formas doquiera... Y entonces la cátedra es un taller y el maestro un guía en el trabajo; los discípulos, una familia; el vínculo exterior se convierte en ético e interno; la pequeña sociedad y la grande aspiran a un mismo ambiente; la vida circula por todas partes y la enseñanza gana en fecundidad, en solidez, en atractivo lo que pierde en pompa y en gallardas libreas (Giner de los Ríos. *Discurso inaugural del curso académico 1880-1881*. En: Ensayos. Madrid: Alianza, 1969, p.107).

GAMBRA. Parece indudable que, si la filosofía ha de ser esclarecedora del saber y orientadora del espíritu, ha de estar anclada en una concepción religiosa del mundo y de la vida, sin la cual caerá en la esterilidad del problematismo y de la crítica. Tal parece ser la quiebra de los estudios filosóficos de grado medio en aquellos países cuya mentalidad ambiente no está inspirada por una fe religiosa de común aceptación. La gran tradición católica en que se asienta la cultura y la mentalidad de nuestro pueblo ha sido el principio normativo e inspirador para que estas páginas sirvan al alumno de orientación y de guía en la formación armónica de su cultura y de sus creencias. Objetivo éste que aparece aún más

necesario en el último lustro, en el que vemos extenderse en nuestra civilización occidental una amenazadora anarquía de las ideas, las creencias y las conductas (R. Gamba. *Curso elemental de filosofía*. Salamanca: Anaya, 1971).

GARCÍA CALVO. Hemos de rechazar la concepción de la filosofía entendida como actividad substantiva y hemos de oponernos, también, a cualquier intento de sistematización de la misma, ya que el discurso filosófico sistematizado, acabado, en sí mismo, es absurdo y no cabe el intentar enseñarlo. Filosofar es una actividad dinámica e indefinida que tiene validez en cuanto que es producción, no producto acabado. Es un deseo que va siempre más allá de todo lo que la cultura y la sociedad utilizan como pensamiento básico para sustentar lo establecido. La actividad filosofante es algo vivo, frente a la filosofía necesariamente mortal, en cuanto residuo o producto último de dicha actividad. Como tal producto, definido y cerrado, se transforma automáticamente en instrumento ideológico, manipulable, que sustenta lo que la sociedad civil y en concreto el Estado sancionan como “lo pensable” o lo “vivable”. En este contexto, la pedagogía tendría la función de domesticar el ámbito de las preguntas, de fijar cauces dentro de los cuales tendrían que moverse las preguntas del discente hasta que dejara de preguntar. Lo fundamental de la transmisión del saber sería anular las dudas, cerrar un universo compacto, sin incertidumbres y sin posibilidad de tenerlas, para convertir al individuo en un ser acrítico, fiel servidor del Estado. El acriticismo de la pedagogía es inherente a cualquier tipo de transmisión de saberes, salvo en una situación determinada: la enseñanza de técnicas neutras (leer, escribir o contar), que en el campo de la filosofía se traducirían en un “enseñar a pensar”, difícil objetivo, ya que la esencia de nuestros centros de enseñanza se basa en lo contrario, es decir, en pensar tal y como se enseña (A.García Calvo. *La Enseñanza de la filosofía en el Estado español*. Síntesis de la ponencia en el Congreso de Filósofos Jóvenes. Barcelona, 3 al 6 de abril de 1977).

SAVATER. La filosofía académica cumple una misión estrictamente política, en tanto que institución del Estado: la defensa del saber como algo esencialmente transmisible, que baja del poder a los ciudadanos y que llevará a los ciudadanos al poder (...) La tarea de la filosofía fue en su origen de máxima importancia: enseñar a ser cuerdo, es decir, a pensar dentro de un orden. Ese orden no era otro que el estatuido por la Ley: trabajo, reproducción y muerte. Por eso es minimizar el papel político de la filosofía suponerla auxiliar de un solo modelo de Estado moderno (...) Pero la filosofía jamás ha podido ser completamente estatuida a causa

de esa dimensión inmanipulable, negativa, de todo pensamiento. En los sistemas que han expuesto con mayor clarividencia el papel del orden, como el de Aristóteles o Hegel, se descubren también, con privilegiada nitidez, las fisuras del poder. Puede decirse que las actitudes críticas también coadyuvan al Sistema, que el incluir las protestas contra el dominio es la mejor forma de dominar, que las herejías son el apoyo y la demarcación de las ortodoxias (...) En este sentido, el papel de la filosofía no académica se dibuja como un anhelo que trasciende la política, si entendemos ésta, como suele hacerse, como el arte de cambiar de amos sin salir de la esclavitud.

La ambición del pensamiento negativo es conseguir una cordura fuera de la razón establecida; es conservar un orden en el pensamiento, pero sin aceptar el pensamiento del orden. Iniciado en una soledad vertiginosa que trasciende la oposición individuo-sociedad y después la de subjetivo-objetivo, el pensar busca recuperar lo que nunca tuvo: la comunidad perfecta, a la que sería impropio hasta calificar de justa y libre, la superación del trabajo y la muerte, la indistinción con animales, rocas y plantas, el jardín. A esa inimaginable subversión del orden mundo corresponde el nombre de revolución (F.Savater. *La Filosofía como anhelo de revolución*". Zona Abierta, 1975, 3, pp.41-49).